

## Arias Navarro y los problemas pendientes

Suelen decir que uno de los signos más claros de la vocación personal es el entusiasmo, el encontrarse a sí mismo en el propio destino y en la propia tarea. Pues bien, si recordamos el cúmulo de anécdotas y apuntes biográficos que durante las últimas semanas se han ofrecido al público sobre Carlos Arias Navarro, Presidente del Gobierno, vemos desempolvada esta afirmación cuya paradójica de hace algún tiempo: «Nunca he tenido afición a la política.» Y esta otra: «... personalmente no deseo en absoluto ni ser Ministro de la Gobernación ni Ministro de otra cosa. Sencillamente no me gustaría ser Ministro.»

¿Equivocación del Consejo del Reino? ¿Equivocación de Franco? Probablemente, no.

Arias Navarro parece se intuyó y encontró mejor a sí mismo como alcalde. Manifestó, recordando su nombramiento como alcalde de Madrid en 1965: «Ahí, sí. Ahí sí que dieron en el clavo. No sólo me gustaba ser alcalde de Madrid, sino que me engrandecía el alma y la llenaba de emoción y de gratitud. ¡Nada menos que ser alcalde de Madrid!»

¿Nos encontramos ante un gran «alcalde de España»—como lo fue de Madrid—en figura de Presidente del Gobierno?

Parece confirmar esta tesis, en primer lugar, su propia concepción «realista» de la política. «Si el político no es un hombre de realidades—ha dicho—, es mejor que coja su sombrero y se vaya. Entre ideas y realidades, prefiero lo segundo. La política como entelequia no me atrae.» En segundo lugar, los trazos básicos con que la Prensa nacional y extranjera ha perfilado su retrato: formación jurídica, sentido de la autoridad, eficacia en la gestión, preocupación social, lealtad a toda prueba, popularidad, energía.

Todo parece apuntar, más que a un ideólogo, a un gran administrador, con eficacia y fantasía creadora.

A parecidas conclusiones se podría llegar desde el análisis de su Gobierno. Coinciden los comentaristas en señalar que Franco dio vía libre al Presidente para formar «su» Gobierno, concebido como un equipo de colaboradores, para buscar «los hombres más inteligentes entre aquellos que él conoce y que ha tratado más, profesional y políticamente». Abunda también ahí más la inteligencia que la ideología. Por eso, muchos esperan que, en la nueva etapa, predomine el talento en la política.

Pero si se consolida la imagen de un Presidente-alcalde y de un Gobierno-Ayuntamiento, ambos de España, ¿cuál será en realidad la forma política del sistema?, ¿cuáles los ideales políticos del país?, ¿cuál la interpretación de sus aspiraciones?

Porque, como decía en su discurso ante el último Pleno del Consejo Nacional del Movimiento el actual Vicepresidente tercero del Gobierno, Licinio de la Fuente, «la política es algo más que la pura gestión administrativa de los intereses generales; y el pueblo no se conforma, aunque lo exija, con una gestión eficaz, acertada y honesta, sino que siente la necesidad de integrarse ilusionadamente en una tarea colectiva».

El propio Presidente del Gobierno afirmó, antes de serlo, que «1939 fue... el punto de arranque de una política de altos vuelos...». Y en su discurso en la toma colectiva de posesión de sus cargos por parte de los Ministros del nuevo Gobierno, hizo referencia a los «ideales del Movimiento Nacional»; señaló como objetivo «mantener un orden en cuyo marco los españoles puedan ejercitar y desarrollar sus derechos y libertades»; fomentar «las virtudes de nuestro pueblo, su legítima aspiración a unas cotas más altas de bienestar y la fundada esperanza de perfeccionar un orden social que progresivamente debe ser más justo»; «proseguir el desarrollo y garantizar a los españoles, especialmente a las clases trabajadoras, el mantenimiento y promoción de un mejor nivel de vida»; concedió «alta importancia al desarrollo de la participación política, que ha de ser promovido y estimulado»; definió la unidad nacional como «resumen auténtico de una rica variedad de hombres y tierras, que han de ser contempladas para potenciar la vida local, provincial y regional»; reiteró «la vocación universal de España, que mantiene su afán de colaborar en la tarea de la paz» nacional e internacional. Todo ello, como se ve, a mitad de camino, por lo menos, entre la «política de altos vuelos» y el pragmatismo.

Movimiento Nacional, orden, bienestar, justicia social, nivel de vida, participación política, unidad compatible con unas dinámicas entidades políticas menores (municipio, provincia, región), paz interior, colaboración internacional, parecen querer ser, pues, las piezas clave de la nueva forma política real del país.

\* \* \*

Nos alegramos profundamente de que el actual Presidente del Gobierno sienta tan profunda aversión por las entelequias políticas. Porque las palabras «orden», «bienestar», «justicia social», «nivel de vida», «paz», «participación política», «libertad», se pronuncian en todas las lenguas, en las declaraciones programáticas de Gobiernos de los más dispares regímenes políticos. Pero, desgraciadamente, muchas veces no se convierten en realidad y quedan, por lo mismo, en pura entelequia.

Queremos, efectivamente, un orden «en cuyo marco los españoles puedan ejercitar y desarrollar sus derechos y libertades». ¿Cuáles? Simplemente aquellos que sanciona el Fuero de los Españoles: igualdad de todos ante la ley (art. 3.º); derecho y deber de todos a la educación e instrucción (art. 5.º); derecho a la participación política representativa (art. 10); libertad de expresión (artículo 12), de reunión y asociación (art. 16); derecho a la seguridad jurídica (art. 17), al trabajo (art. 24) y a su retribución justa y suficiente (art. 27), a la asistencia y seguridad social (art. 28); derecho a la seguridad de los bienes propios materiales (arts. 30, 31 y 32), etc.

Y estimamos que el pueblo español, en su ya acrecida madurez, aspira hoy a una realización notablemente mayor que hasta el presente de toda esta serie de derechos y libertades, particularmente de los de expresión, reunión y asociación.

Queremos, efectivamente, el bienestar. Pero un bienestar que no tenga como único indicador el crecimiento de nuestro producto nacional bruto, sino que atienda, además, a otros componentes cualitativos: paz, distribución equitativa de los ingresos y rentas, cultura, defensa de la Naturaleza y del medio ambiente, asistencia, seguridad física y seguridad social, libertad efectiva. Y estimamos que se ha mitificado excesivamente la noción desarrollista de renta nacional y producto nacional bruto, en detrimento de sus ingredientes cualitativos.

Queremos justicia social. La queremos decididamente. Pero estimamos que, a pesar de sus logros, nuestra política social ha sido hasta ahora demasiado tímida, ha sido hasta ahora demasiado poco progresiva en sus dos líneas fundamentales: la política de rentas y la política fiscal. Creemos que, para acelerar el proceso, los obstáculos principales que el Gobierno tendrá que vencer son dos: el fraude fiscal y los monopolios capitalista-financieros en nuestro país.

Queremos paz interior. Pero una paz que no sea la de los cementerios. Queremos una paz compatible con la vida y la libertad. Comprendemos que todo Gobierno debe tener mano dura para quienes se colocan fuera de la justa legalidad. Pero estimamos como política represiva el querer acallar o reducir a la mínima audiencia y convocatoria toda voz no panegírica, toda voz crítica.

En este sentido, nos alegramos del criterio del señor Arias Navarro, manifestado en diferentes ocasiones antes de su nombramiento como Presidente del Gobierno: «Este preámbulo tan bonito de enhorabuena y de estrenar cargo va a durar muy poco. Esto es como la luna de miel o el paseillo de los toreros.» (Después de la toma de posesión de su cargo como Director General de Seguridad.) «Lo que más he aprendido de mi experiencia en la Alcaldía es el saber aceptar deportivamente la fiscalización constante de una conducta. Creo que hay que agradecer el elogio como un estímulo, y la crítica, como una advertencia...» «El que acepta un cargo público tiene que aceptarlo deportivamente. No somos monedas de a duro, que gustan a todo el mundo.» Bendito criterio y admirable lección para quienes parecen considerar tan privada la función pública que ejercitan, que muestran ser tocados en las niñas de los ojos por cualquier actitud crítica.

Queremos, rápido y a corto plazo, el desarrollo significativo de la participación política, el avance de la «ofensiva institucional» que había anunciado recientemente el anterior Vicepresidente del Gobierno, señor Fernández Miranda. Y estimamos que la retirada de un primer proyecto sobre asociacionismo político, la hibernación de un segundo proyecto sobre el mismo tema, la sustitución de la idea de «asociaciones» políticas por la de «tendencias», etcétera, no ha favorecido en la opinión pública el aprecio de la sinceridad de anteriores Gobiernos, por causa de tales dilaciones aparentes.

Queremos se hagan compatibles la unidad nacional y la diversidad de las regiones. A este respecto recordemos que el proyecto de nueva Ley de Administración Local, remitido a las Cortes en la primera mitad de 1973 y todavía no dictaminado, necesita, a nuestro juicio, ser profundamente revisado en el sentido de reconocer realmente—con sus consecuencias financieras—mayores atribuciones y mayor facultad de decisión a las entidades políticas inferiores: municipio, provincia, región. Necesitamos que el sistema, administrativa y políticamente, se descentralice notablemente más de lo que lo hizo hasta ahora.

Queremos, finalmente, libertad, libertad ordenada, y la garantía de poder ejercitarla, mediante el control estatal y social de cualquier grupo monopólico de fuerza.

\* \* \*

Dice un comentarista político que los mostos nunca se sabe qué tipo de vino van a dar hasta que no transcurre el primer año de su permanencia en la bodega; no se sabe hasta entonces si derivarán, por ejemplo, a «palo cortado», a amontillado, a fino o a oloroso. Y pide para el nuevo Gobierno el mismo privilegio de la

espera. Esperemos, por lo tanto, antes de juzgar, pero recordando que la fermentación de los mostos y la iniciación de su deriva comienza desde el momento mismo de su depósito en la cuba.

Una última anécdota, a propósito del nuevo Presidente. La contó él mismo a cierto periodista, con estas palabras: «... Yo tenía siete u ocho años... Me quedé a solas con los vinos y cogí una borrachera fenomenal. Estuve entre la vida y la muerte durante cuarenta y ocho horas. Yo creo que mi poca afición a la bebida se debe principalmente al recuerdo de aquel trance. Fue espantoso. Mezclé anís, aguardiente, Cointreau, en el chocolate que me dieron a las ocho...»

Se nos antoja, por asociación de ideas, que para la salud, el equilibrio, la serenidad y el control políticos, no son buenas ciertas mezclas; por ejemplo, una organización político-sindical corporativa, con una economía real liberal-intervencionista; un centralismo exagerado, ideológico, con una voluntad de descentralización político-administrativa; auténtica representatividad de las Cortes, con compatibilidad entre el cargo de procurador y determinadas funciones políticas; la libertad de expresión, pero sin delimitar con nitidez sus linderos; el ordenado contraste de pareceres, con ausencia de asociacionismo político; una independencia o autonomía de la Iglesia y el Estado, pero politización de lo religioso; etcétera.

Confiemos en que el mal recuerdo de aquel trance infantil inconsciente facilite un poco el que se ofrezca al pueblo español un vino político limpio, transparente, sin fraude, de clara naturaleza y denominación de origen, sin mixtificación de elementos básicos, estructurales, que sean incompatibles en la práctica.